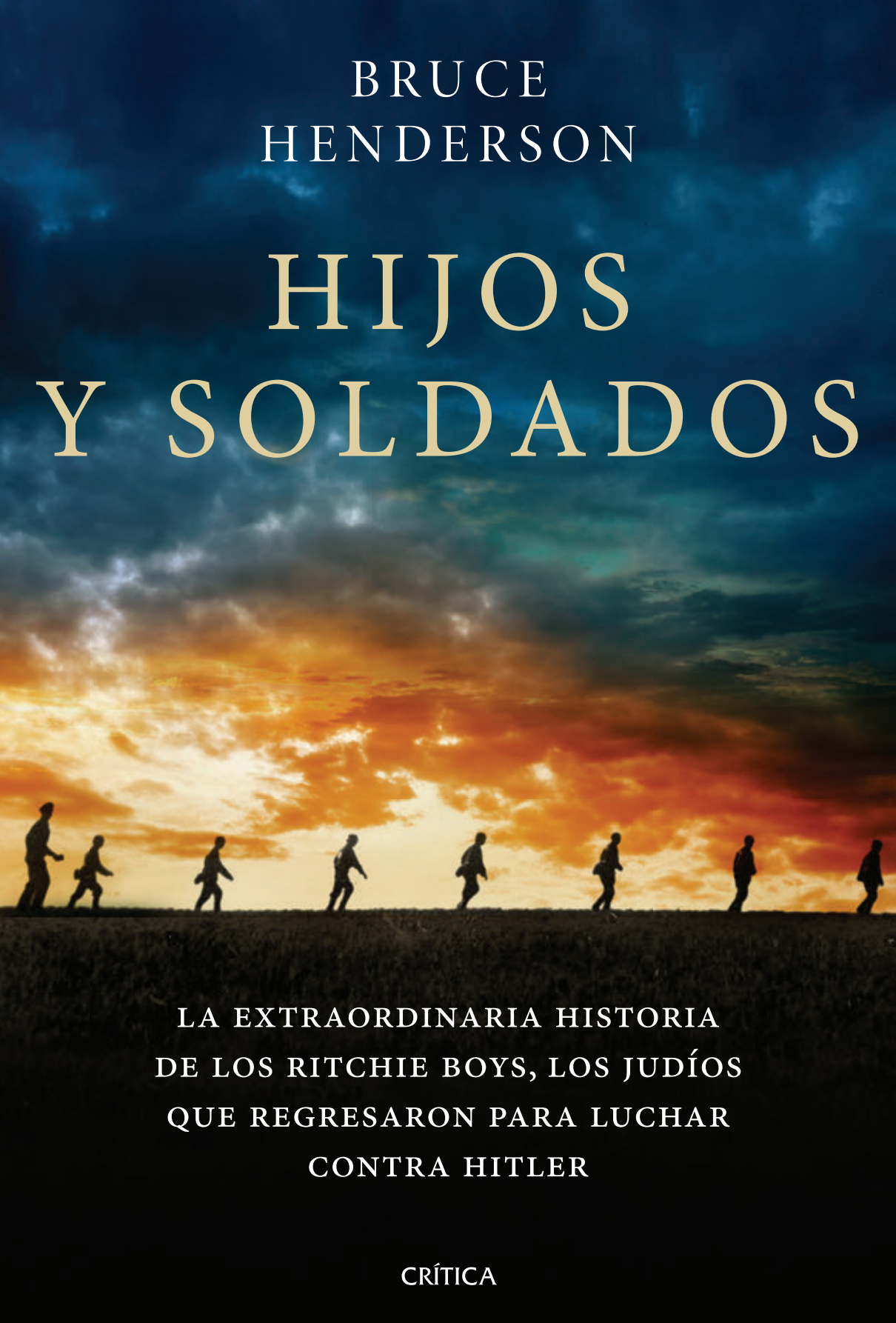


BRUCE  
HENDERSON

# HIJOS Y SOLDADOS

The background of the cover features a dramatic sunset or sunrise sky with vibrant orange, yellow, and blue tones. In the foreground, a dark silhouette of a field is visible, with a line of soldiers walking across it from left to right. The soldiers are depicted in various walking postures, some carrying gear, against the bright, glowing horizon.

LA EXTRAORDINARIA HISTORIA  
DE LOS RITCHIE BOYS, LOS JUDÍOS  
QUE REGRESARON PARA LUCHAR  
CONTRA HITLER

CRÍTICA

BRUCE HENDERSON

# HIJOS Y SOLDADOS

La extraordinaria historia  
de los Ritchie Boys, los judíos que  
regresaron para luchar contra Hitler

Traducción castellana de  
Luis Noriega

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: enero de 2019

*Hijos y soldados. La extraordinaria historia de los Ritchie Boys, los judíos que regresaron para luchar contra Hitler*  
Bruce Henderson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Sons and Soldiers. The Untold Story of the Jews Who Escaped the Nazis and Returned with the U.S. Army to Fight Hitler*

© 2017, Bruce Henderson  
Published by arrangement with William Morrow, an imprint of HarperCollins Publishers

© de la traducción, Luis Noriega, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-061-1  
Depósito legal: B. 28763-2018  
2019. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## Salvar a los niños

Durante casi doce años, Günther Stern tuvo la mejor de las infancias.

El escenario de esos días idílicos fue Hildesheim, una de las ciudades más antiguas y pintorescas del norte de Alemania, construida a lo largo de las ventosas orillas del río Innerste y rodeada de suaves colinas salpicadas de granjas, vaquerías y rebaños pastando. Edificios centenarios e iglesias coronadas por chapiteles flanqueaban las calles adoquinadas de la localidad.

Elevándose hacia el cielo a medida que trepaba por los costados del ábside de la catedral había un rosal silvestre de más de diez metros de altura, del que se decía que era el rosal vivo más antiguo del mundo. Tenía casi la misma edad que la ciudad, y de ese hecho derivaba su nombre: Tausend-jähriger Rosenstock («rosal milenario»). Según la leyenda local, mientras floreciera, la ciudad prosperaría.

Desde sus primeros días, Hildesheim había sido la sede de un arzobispado de la Iglesia católica romana, y durante siglos la población fue mayoritariamente católica. Después de la Reforma, que tuvo su origen en Alemania, muchos católicos se convirtieron en protestantes (en su mayoría luteranos), y para la década de 1930, los sesenta y cinco mil habitantes de Hildesheim estaban repartidos entre los dos principales credos cristianos. Había menos de un millar de judíos en la ciudad, un reflejo aproximado de su representación a nivel nacional. Según el censo de junio de 1933, los judíos constituían menos del 1% de la población alemana: medio millón en un total de sesenta y siete millones de personas.

Cuando los judíos se establecieron en Hildesheim a principios del siglo XVII, construyeron casas de entramado de madera con fachadas decoradas. La sinagoga local, de estilo morisco, se erigió en la calle Lappenberg en 1849, en el que se convertiría en uno de los barrios más bonitos de la ciudad.

Günther era un niño brillante y curioso. Tenía el temperamento alegre de su madre, los inteligentes ojos de su padre y unas orejas de soplillo que se negaban a mantenerse en su sitio. Nacido en 1922, visitó por primera vez la sinagoga a los seis años, cuando sus padres lo llevaron a una ceremonia con motivo de las Altas Fiestas judías. Por una vez, el chico no se quejó por tener que arreglarse, pues la madre le había explicado lo importante que era causar una buena primera impresión al Señor. Junto con otras familias, fueron caminando hasta la sinagoga, todos vestidos con sus mejores galas. Los transeúntes cedían el paso a la procesión y, sonrientes, les saludaban con la cabeza, a lo que los hombres respondían levantando los sombreros de copa una y otra vez.

Günther, el hijo mayor de Julius y Hedwig Stern, era cuatro años mayor que su hermano, Werner, y doce años mayor que su hermana, Eleonore. Al igual que la mayoría de los judíos de Hildesheim, los Stern eran una familia sólida de clase media. Vivían en un piso alquilado contiguo a la pequeña tienda de telas del padre. Ubicada en la tercera planta de un edificio bien conservado cerca del ajetreado mercado del centro de la ciudad, la vivienda tenía techos altos y buena luz. Cortinas de excelente calidad cubrían las enormes ventanas. Cada habitación contaba con una estufa de leña para calentarse, y la cocina estaba equipada con un fogón moderno.

Los dos niños compartían dormitorio en un costado del piso. La alcoba de los padres, donde también dormía la hermana pequeña, se encontraba en el otro extremo. Las habitaciones tenían suelos de madera; el salón estaba alfombrado y en él había un sofá y dos sillones tapizados, además del escritorio de madera oscura del padre. El comedor formal, en una de cuyas paredes colgaba un paisaje bucólico del artista austriaco Ferdinand Georg Waldmüller, estaba reservado para ocasiones especiales. Para Günther y su hermano, la parte favorita de la casa era el vestíbulo con suelo de baldosas que hacía las veces de patio de recreo bajo techo, y en el que tenían una mesa de pimpón que utilizaban con regularidad.

Julius Stern, el padre de Günther, era un hombre menudo conocido por su energía ilimitada. Trabajaba seis días y medio a la semana, y únicamente se tomaba libre la mañana del sábado para asistir a la sinagoga, donde el sermón era en alemán, y el servicio, en hebreo. En la tienda, enseñaba muestrarios de telas y tomaba pedidos; y solía viajar a los pueblos de los alrededores para visitar a los clientes que se cosían su propia ropa. Las únicas prendas confeccionadas que vendía eran abrigos de gabardina para caballero. Su esposa, Hedwig —de soltera, Silberberg—, se encargaba de la correspondencia y de la facturación. Mujer de pelo negro, ojos oscuros y mi-

rada expresiva, tenía un don para escribir ingeniosos poemas humorísticos sobre parientes y amigos de la familia.

Günther comenzó su educación en una escuela judía de una sola aula. Mantener a estudiantes de diferentes edades y niveles de formación interesados y comprometidos durante toda la jornada era un desafío para el maestro. El hijo mayor de los Stern no desaprovechó sus esfuerzos y se reveló como un lector serio y un estudiante excelente. Los sábados por la tarde, además, asistía a las reuniones de un grupo juvenil dirigido por el joven y carismático cantor de la sinagoga, Josef Cysner, cuyas animadas conversaciones sobre libros y cultura judíos le encantaban.

Como era habitual, en 1932, a la edad de diez años, Günther ingresó en la Andreas-Oberrealschule, una escuela secundaria local. La nueva clase estaba formada por veinte estudiantes, tres de los cuales eran judíos. Ya antes de empezar la secundaria Günther había tenido muchos amigos no judíos, pues en esa época los jóvenes gentiles y judíos se integraban con facilidad en Hildesheim. Se visitaban en sus casas, asistían a las mismas fiestas, montaban en bici, nadaban juntos y jugaban al fútbol en los mismos clubes deportivos.

Eso cambió en 1933, cuando los nazis llegaron al poder y de inmediato empezaron a aprobar leyes restrictivas contra la población judía. Hitler se había comprometido a transformar la nación: «Dadme diez años y no reconoceréis Alemania», prometió en aquellas fechas en tono profético.

El 1 de abril de 1933, dos meses después de que el líder nazi se convirtiera en canciller, el gobierno convocó un boicot nacional de veinticuatro horas contra los negocios de propiedad judía. Los soldados de asalto se plantaron delante de las tiendas para denunciar a los propietarios e impedir la entrada. Se marcaron los escaparates con la palabra *Jude* (judío) y se pintaron estrellas de David en las puertas. A partir de entonces los boicots locales a los comercios judíos se extendieron por todo el país. Los nazis marchaban por las calles gritando consignas antisemitas. Con frecuencia, tales desfiles iban acompañados de detenciones, palizas e importantes daños a la propiedad.

Al igual que muchos empresarios judíos, Julius perdió gradualmente la mayoría de su clientela no judía. Por un lado, temían que se les viera entrando y saliendo de su negocio; pero además, cuando él iba a visitarlos en sus casas, le recibían con carteles que rezaban: *JUDEN IST DER EINTRITT VERBOTEN* («Se prohíbe la entrada de judíos»).

En ese momento, Günther, pese a ser ya un lector habitual de periódicos, tenía apenas una comprensión parcial de lo que estaba ocurriendo en

Alemania. Sin embargo, no pasó por alto cuando sus amigos empezaron a demorarse en saludarle hasta que, finalmente, dejaron de hablarle por completo. Cada vez le invitaban a menos fiestas de cumpleaños, y pronto se le impidió —al igual que a los demás jóvenes judíos de Hildesheim— nadar en la piscina local y jugar en el equipo de fútbol. Incluso su club deportivo terminó expulsándolo y, aunque en sus participaciones había acumulado suficientes puntos para obtener una medalla, no se la otorgaron. Estos fueron los años de formación para Günther, en los que le afectó profundamente comprender que se había convertido en un paria entre sus compañeros. A su corta edad, la ruptura fue inesperada y desgarradora.

En la escuela, muchos de los profesores fueron reemplazados por instructores más jóvenes, procedentes de Berlín y otros lugares, que lucían esvásticas y difundían la propaganda nazi. Y si bien algunos de los maestros más antiguos mostraban empatía hacia los estudiantes judíos, estos tenían que proceder con cautela por temor a ser denunciados y perder el trabajo.

Durante un tiempo, Günther tuvo un protector: Heinrich Hennis, un chico brillante que le sacaba una cabeza y era un año mayor que él. En más de una ocasión, saltó para interponerse entre Günther y sus torturadores. Sin embargo, a todos los jóvenes no judíos se les exigía unirse a las Juventudes Hitlerianas, y Heinrich no fue la excepción. Quizás porque corría la voz de que era un protector de judíos, lo seleccionaron para recibir un adoctrinamiento especial. Pronto los lemas nazis empezaron a brotar de los labios del que había sido su amigo y, al final, Heinrich también dejó de hablarle.

El coro siempre había sido una de las actividades favoritas de Günther. Unos años antes, sus padres lo habían llevado al teatro de la ópera de Hannover, mundialmente famoso, para una función del *Lohengrin*, de Wagner. Desde entonces, se había aficionado a la música y el canto coral. Una tarde, después de que los nazis llegaran al poder, el maestro del coro hizo que los estudiantes se pusieran de pie para cantar *Deutsche Jugend Heraus!* Escrita pocos años después de la derrota de Alemania en la primera guerra mundial, la letra de la canción era violenta e incitadora: «¡Juventud alemana, juntaos! Matad al enemigo en su patio trasero, abatidlo en encuentros feroces». Adoptada por las organizaciones de las Juventudes Hitlerianas en virtud de su nacionalismo entusiasta, había sido incluida en un cancionero publicado en 1933 por un editor pronazi.

Fue Heinrich Hennis, el antiguo amigo de Günther, quien gritó indignado al maestro: «¿Cómo puede usted dejar que los judíos canten una canción sobre la juventud alemana?».

El maestro del coro hizo una pausa y, en tono de disculpa, dijo: «Los alumnos judíos siéntense mientras cantamos esta». Günther y los otros dos estudiantes judíos se sentaron y permanecieron en silencio mientras el resto de la clase cantaba. Avergonzado y enojado al mismo tiempo, el joven comprendió que los nazis habían encontrado incluso una forma de arrebatarle la música.

A lo largo de 1933, Günther vio, literalmente, cómo se reescribía la historia de Alemania y Europa. Un día, el profesor de historia entró en el aula y repartió cuchillas de afeitar. «Sacad vuestros manuales», ordenó a la clase, y comenzó a escribir en la pizarra números de páginas. Los estudiantes debían recortar las hojas enumeradas de los libros y reemplazarlas por otras. «Aseguraos de dejar espacio suficiente en los márgenes —les aconsejó— para que podáis pegar las páginas nuevas en el libro.»

Esta inusual tarea suscitó murmullos nerviosos. Cuando Günther recibió por fin una cuchilla, siguió las instrucciones. Después de haber cortado unas pocas páginas, comenzó a leer los pasajes y sintió un estremecimiento al advertir que las hojas que estaban reemplazando se ocupaban todas de logros importantes de personalidades judías.

A medida que los estudiantes no judíos recibían más y más propaganda antisemita, tanto en la escuela como en los hogares, se tornaban cada vez más odiosos y agresivos con sus compañeros de clase judíos. Un día después de clase, cinco chicos acorralaron a Günther y se turnaron para golpearlo mientras los demás lo sujetaban. Los cinco iban a su mismo colegio. Él regresó a casa cojeando, magullado, maltrecho, tanto física como emocionalmente.

Otros miembros de la familia tampoco se libraron de agresiones similares. Una noche, Julius, que había trabajado hasta tarde, tuvo que llevar unas cartas al buzón que quedaba a una manzana de distancia. De camino a casa, varios hombres saltaron sobre él vociferando insultos antisemitas. Al amparo de la oscuridad, le dieron puñetazos y patadas. Un policía compasivo que pasaba por allí lo encontró desplomado en el suelo y lo llevó a un hospital para que le dieran primeros auxilios. Cuando Günther vio a su padre a la mañana siguiente, tenía el rostro cubierto de cortes y cardenales.

Percibiendo el modo en que la violencia y el odio crecían a su alrededor, Julius y Hedwig Stern decidieron que había llegado el momento de sacar a la familia de Alemania. Comenzaron escribiendo a organizaciones judías, en busca de información sobre cómo emigrar a Estados Unidos.

Un serio impedimento, tanto para los Stern como para los demás judíos que querían abandonar Alemania, era la nueva ley aprobada por los



nazis con el fin de restringir la transferencia de efectivo, bonos u otros activos fuera de su territorio. Antes de ello, los alemanes podían sacar del país activos por valor de hasta diez mil dólares, pero los nazis redujeron esa cantidad, en un primer momento, a cuatro mil dólares. Sin embargo, a medida que la campaña para expoliar a los judíos se intensificó, la cifra se redujo todavía más, hasta los diez *Reichsmarks*, que entonces equivalían aproximadamente a cuatro dólares estadounidenses. Las sanciones legales por superar ese monto eran severas, y podían incluir penas de cárcel y la confiscación del patrimonio.

Por otro lado, mientras esto ocurría en Alemania, el Departamento de Estado de Estados Unidos aplicaba con esmero una orden especial, promulgada por el presidente Herbert Hoover en 1930, que requería que quienes solicitaban el visado demostraran que no se convertirían en una carga para el gobierno en ningún momento, incluso mucho tiempo después de su llegada. Si los solicitantes carecían de medios inmediatos para su sustento, se exigía una declaración jurada de alguien residente en Estados Unidos que garantizara que no terminarían cobrando subsidios de desempleo. Este requisito —que no existía antes— ya había reducido el número de extranjeros admitidos en el país de 241.700 en 1930 a solo 35.576 en 1932, por lo que, sumado a los diversos tejemanejes que había que llevar a cabo para demostrar la independencia financiera, se convirtió en un obstáculo considerable para todos aquellos que querían emigrar a Estados Unidos.

Desesperados por escapar de los nazis, los Stern escribieron al hermano mayor de Hedwig, Benno Silberberg, quien había emigrado en la década de 1920 y ahora era panadero en San Luis (Misuri). ¿Firmaría un affidavit para que la familia pudiera viajar a Estados Unidos?, le preguntaron. No estaba claro que Benno estuviera en condiciones de ayudarlos, pero era su único pariente en América.

Para la primavera de 1937, la escuela se había vuelto una fuente tal de angustias, preocupaciones y peligros reales que los padres de Günther decidieron que dejara de asistir a clase. En lugar de ello, contrataron a un profesor particular para que mejorara el inglés, con miras al planeado traslado de la familia a Estados Unidos. Los años tranquilos y brillantes de Günther en los colegios alemanes —desde la escuela unitaria judía donde se despertó su curiosidad por primera vez hasta los cursos, el coro y los deportes de la secundaria pública— habían terminado. ¿Qué los sustituyó? Un profesor gentil de sesenta años, canoso, encorvado y de aspecto demacrado, llamado Herr Tittel. Desde mediados de la década de 1920 había trabajado como maestro en un orfanato de Brooklyn, pero once años después le ganó la

nostalgia y regresó a su ciudad natal, Hildesheim, donde subsistía a duras penas enseñando inglés, sobre todo a judíos que esperaban emigrar.

Günther llegó a apreciar al profesor, que cada semana le contaba vívidas historias acerca de Estados Unidos. Durante su estancia allí, Herr Tittel se había convertido en fanático del béisbol profesional, y durante las lecciones tejía para el joven Stern grandiosas descripciones narrativas elogiando los lanzamientos magistrales de Grover Cleveland Alexander y los jonrones épicos del bateador Babe Ruth. El maestro era algo excéntrico, pero de trato fácil; con frecuencia le daba por tararear melodías populares estadounidenses en medio de las clases. Al cabo de unos pocos meses, Günther había aprendido más inglés coloquial que en tres años con el profesor de la escuela secundaria, aunque se tratara de un inglés de Brooklyn con un peculiar acento alemán.

Ese verano, Günther pidió permiso a sus padres para hacer un recorrido en bicicleta por el Rin durante un mes, un trayecto de ida y vuelta de casi mil kilómetros, junto con tres amigos, miembros también del grupo juvenil judío en el que participaba. Los Stern le dieron su autorización. Convencidos de que la familia pronto se marcharía de Alemania, pensaron que probablemente esa sería la última oportunidad que tendría el mayor de sus hijos de explorar la geografía del país de sus ancestros. Hedwig y Julius coincidían al creer que, una vez que consiguieran abandonar la Alemania nazi, ninguno de ellos iba a querer regresar.

Los chicos le pidieron al líder de la organización una carta de recomendación que diera fe de su buen carácter y que les escribiera a los líderes de la comunidad judía en las ciudades a lo largo de la ruta que planeaban recorrer con el fin de tener lugares donde pasar la noche. Durante la mayor parte del viaje se alojaron en casas de familias, si bien en una ciudad lo mejor que consiguieron fue que se les dejara dormir en los bancos del vestuario del equipo de fútbol judío local. Los tres muchachos eran buenos ciclistas y cada día hacían entre cuarenta y cincuenta y cinco kilómetros.

En una tranquila ciudad ribereña, pedalearon siguiendo la orilla del río, mientras en el agua la gente disfrutaba del bonito día en canoas y botes de remo. A corta distancia, sin embargo, tenía lugar una escena diferente: atracadas en el muelle había varias embarcaciones militares con ametralladoras pesadas montadas en cubierta. Los relucientes cascos de acero brillaban bajo la luz del sol. Los navíos parecían nuevos y amenazadores. En todos ondeaba la bandera de batalla nazi con la esvástica. Eran embarcaciones diferentes a cualquiera que los chicos hubieran visto hasta entonces. Estaba claro: bajo Hitler, Alemania se estaba preparando para la guerra.

Al regresar, Günther llevaba apenas unas pocas horas en casa cuando sus padres lo llamaron al comedor principal para hablar con él. La familia nunca usaba esa habitación a menos que tuvieran invitados, de modo que Günther supo de inmediato que se trataba de una conversación importante.

Habían tenido noticias del tío Benno, le dijo Julius. Y procedió a explicarle que Estados Unidos estaba sumido en una grave depresión económica que había dejado a millones de personas sin empleo. En el caso de los inmigrantes como ellos, que tendrían que abandonar Alemania sin dinero, el gobierno estadounidense exigía una declaración jurada de apoyo financiero. Por desgracia, el tío Benno había perdido el trabajo a jornada completa que tenía y ahora apenas contaba con un empleo a tiempo parcial, lo que significaba que no disponía de los recursos necesarios para darles la clase de afidávit que requería una familia inmigrante de cinco miembros.

El padre de Günther esparció sobre la mesa las páginas de un documento de aspecto oficial.

Todo ese tiempo, la madre había permanecido en silencio. Y cuando por fin habló, lo hizo en voz baja y con tono solemne. «El afidávit que ha enviado el tío Benno será para ti», dijo. Günther —explicó— viviría con el tío Benno y la tía Ethel en San Luis hasta que el resto de la familia pudiera reunirse con él.

—Tienes una cita en el consulado de Estados Unidos en Hamburgo en unas semanas —agregó casi en un susurro.

—*Mutti*, ¿voy a viajar a América solo? —preguntó Günther con estupefacción: no podía creer lo que estaba oyendo.

—*Ja*, Günther —afirmó.

Dado que el tío Benno solo había podido proporcionarles el afidávit para uno —explicó—, esa persona tenía que ser Günther. Ni ella ni su padre se irían el uno sin el otro; y con casi dieciséis años, él era el mayor de los hijos. Ellos continuarían tratando de encontrar un patrocinador para el resto de la familia. Tenían la esperanza de que pronto podrían reunirse todos en Estados Unidos.

Günther se daba cuenta de que la decisión le resultaba tan dolorosa a su madre como lo era para él. Nunca había imaginado que llegaría ese día, y a ella jamás se le había ocurrido la posibilidad de tener que enviar a un hijo adolescente solo a un país extranjero.

Quizá —sugirió— una vez establecido en Estados Unidos, Günther podría encontrar allí a alguien capaz de ayudarlos. Y agregó que era consciente de que le estaban encomendando una tarea muy seria, propia de personas adultas, pero que tanto ella como su padre creían que él era lo sufi-

cientemente maduro como para encargarse. Lo más importante para ambos —dijo— era saber que Günther estaría a salvo en Estados Unidos.

El padre, que siempre había sido un hombre de negocios práctico, comenzó a describir la logística del viaje a Hamburgo, a doscientos sesenta kilómetros al norte de Hildesheim. Ya había organizado que lo llevara una familia judía que tenía una cita en el consulado un día antes que él. Después de lo que sería el viaje en automóvil más largo que había hecho en la vida, Günther pasaría la noche en una pensión para estudiantes y, al día siguiente, regresaría a casa con esa misma familia.

El padre de Günther se había puesto en contacto con una entidad judía en Hannover, que le ayudaría a planificar su emigración: una organización asociada con sede en Nueva York, la German Jewish Children's Aid, sacaba a pequeños grupos de niños judíos de la Alemania nazi. Günther se uniría a uno de esos grupos. La organización pagaría los costes del viaje transatlántico, le proporcionaría un acompañante adulto y se aseguraría de que llegara sano y salvo junto a su tía y tío en San Luis. El grupo ya había enviado a un trabajador social para entrevistar a Benno y Ethel Silberberg. De acuerdo con el informe que elaboró, los Silberberg eran «personas bondadosas e íntegras» y estaban deseosos de acoger al sobrino en su hogar.

La perspectiva de abandonar el país sin sus padres, su hermano y su hermanita entristeció profundamente a Günther. Más allá de las visitas a los abuelos y el viaje en bici por el Rin, nunca había estado fuera de casa por mucho tiempo. Ir a Estados Unidos era una oportunidad de dejar atrás el clima de agitación, represión y violencia que consumía a Alemania, y las imágenes suscitadas por las vívidas historias de Herr Tittel sobre Estados Unidos —¡la tierra de la libertad, el béisbol, las películas de Hollywood y la *pizza!*— bailaban en su cabeza. Sin embargo, incluso cuando él mismo comenzó a soñar con esas cosas, la idea de dejar atrás al resto de su familia lo llenaba de temor. ¿Cómo y cuándo se reunirían de nuevo?

A principios de octubre de 1937, el joven compareció ante un funcionario estadounidense que, sin que Günther lo supiera, tenía en sus manos de oso su futuro, si no su vida. El vicecónsul general Malcolm C. Burke, un hombre impactante, fuerte y grueso, de cincuenta años, había estado a cargo de la aplicación de las leyes y reglamentos de inmigración en Hamburgo desde 1924. Günther tuvo la suerte de que su solicitud le correspondiera a él. Muchos otros cónsules de Estados Unidos, prestos a considerar inadecuados los afidávits, denegaban las solicitudes de visado de forma rutinaria. Por ejemplo, en 1933, setenta y cuatro refugiados alemanes presentaron solicitudes de visado ante el consulado estadounidense en Róterdam, pero

solo se aprobaron dieciséis. Cincuenta y siete de los cincuenta y ocho solicitudes denegadas lo fueron principalmente con el argumento de que los potenciales inmigrantes podían convertirse en una carga para el gobierno de Estados Unidos.

Durante mucho tiempo, Burke había criticado abiertamente la interpretación contradictoria de las leyes de inmigración estadounidenses. Más allá de eso, era un firme partidario de hacer que la situación financiera de los amigos y parientes que firmaban los afidávits se investigara en Estados Unidos, que era donde estos tenían sus bienes e ingresos, en lugar de dejar la decisión al juicio arbitrario de los funcionarios en el extranjero. El hecho de que su caso hubiera sido asignado a Burke le dio a Günther otra ventaja: a diferencia de algunos de sus colegas menos compasivos, e incluso antisemitas, del Departamento de Estado, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, el vicecónsul general reconocía que los judíos estaban siendo perseguidos por los nazis y se mostraba dispuesto a buscar lagunas legales y normativas que les permitieran entrar en su país.

Burke tenía delante la documentación de Günther, incluida la declaración jurada firmada por Benno Silverberg. El saldo de la cuenta que figuraba en ella había crecido gracias a los préstamos a corto plazo de compañeros de trabajo y amigos, un dinero que Benno había reembolsado una semana después de recibir su extracto bancario. Burke tenía suficiente experiencia revisando afidávits y estados financieros para saber cuándo estos habían sido maquillados, pero si albergó alguna sospecha sobre el considerable saldo bancario del panadero de San Luis, no llegó a plantearla de forma oficial ni a mencionársela a Günther. Le preguntó al chico, en alemán, su nombre completo, fecha de nacimiento y años de escolaridad. Luego, sin explicación alguna, dijo:

—¿Cuánto es cuarenta y ocho más cincuenta y dos?

—*Einhundert* —respondió Günther: «Cien».

Tras esa sencilla prueba matemática, el cónsul selló y firmó el *Jugendausweis* (carné joven) de Günther. El hijo mayor de la familia Stern había sido aceptado por el Departamento de Estado para entrar en Estados Unidos.

Desde que tuvo el visado en regla, los sucesos avanzaron con rapidez. Un par de semanas después, los Stern recibieron noticias de la organización judía con la que habían contactado: tenían un grupo de chicos que saldría en noviembre de Alemania para viajar por barco a Estados Unidos; Günther podía unirse a ellos.

A finales de octubre, los amigos del joven se reunieron en el piso de la familia para una bulliciosa fiesta de despedida. La celebración contribuyó a

acrecentar su emoción, pero pese a ello los temores que abrigaba no se disiparon. Todos los asistentes eran judíos, no había ningún gentil, ni siquiera el que fuera durante mucho tiempo su compañero en la escuela, Gerhard Ebeling, uno de sus pocos amigos no judíos que le quedaban. Günther no pasó por alto este hecho.

Gerhard, un gentil, no podía criticar abiertamente el maltrato que sufrían sus compañeros judíos a manos de los maestros y estudiantes pronazis. Sin embargo, de cuando en cuando le decía en voz baja a Günther que debía mantenerse fuerte en esos tiempos difíciles. Para complicar aún más las cosas, el padre de Gerhard era un funcionario de aduanas, el tipo de cargo gubernamental que en aquellos días solía estar reservado a los miembros del Partido Nazi.

No obstante, la semana anterior a la partida de Günther, el agente Ebeling hizo algo inusual. En aquella época, cualquier persona que se dispusiera a abandonar el país tenía que presentarse con antelación en la aduana para que su equipaje fuera inspeccionado y sellado. Pero Herr Ebeling telefoneó a Julius y se ofreció a ir él mismo al piso para ahorrarles



El documento de viaje juvenil que Günther Stern utilizó para emigrar a Estados Unidos con dos sellos con esvásticas del Tercer Reich. (Archivo familiar)

la tarea de cargar hasta sus oficinas el pesado baúl lleno de ropa y recuerdos familiares que Hedwig quería sacar de Alemania. Esa tarde, Ebeling puso el sello oficial en el baúl sin siquiera mirar el contenido y le deseó a Günther un buen viaje. En tiempos normales, lo ocurrido no habría sido más que un pequeño gesto de parte de un funcionario amigo, pero aquellos no eran tiempos normales.

El 27 de octubre de 1937, Günther y sus padres —que habían conseguido que alguien se quedara con los dos hijos menores, que lloraron desconsolados la partida del hermano mayor— se dirigieron a la estación de ferrocarril de Hildesheim y abordaron un tren hacia el norte, rumbo a Bremerhaven, uno de los puertos más importantes del país, que se había convertido en un punto clave de la emigración europea.

Al final de la tarde, después de pasar todo el día viajando, los Stern llegaron a la ciudad y se registraron en una pensión. A la mañana siguiente, temprano, se reunieron en el lugar designado del muelle con los demás chicos, los padres de estos y el acompañante de la organización judía. Ante ellos se alzaba el transatlántico que llevaría a los niños a Estados Unidos, el SS Hamburg, un barco de vapor de más de doscientos metros de largo que podía alcanzar una velocidad de veinte nudos. Por encima de su puente, ondeaba la gran bandera alemana.

Había llegado la hora de decir adiós. La madre de Günther, que trataba de secarse las lágrimas con un pañuelo sin dejar de llorar, lo abrazó y lo besó. Decidido a no permitirse sentimientos de desamparo y con el deseo de hacer que su madre se sintiera un poco menos triste, Günther le prometió con vehemencia que haría todo lo posible por encontrar a alguien en Estados Unidos que los apadrinara. Sin importar lo que tuviera que hacer —le juró—, volverían a verse en Estados Unidos.

Hedwig asintió con la cabeza mientras luchaba por contener el llanto.

Günther se volvió luego hacia su padre, quien le dio un abrazo y un firme apretón de manos. A lo largo de esos años bajo el régimen nazi, Julius no había dejado de insistir en la necesidad de que Günther pasara desapercibido y evitara llamar la atención. «Tienes que ser como la tinta invisible —le había advertido muchas veces—. Ya dejarás huellas de tu existencia cuando al igual que esta, en tiempos mejores, puedas volver a ser visible.»

Durante varias semanas, a medida que se acercaba la fecha de partida, el preocupado padre había estado impartiendo muestras de sabiduría e instrucciones sin término, pero allí aún tenía un último consejo que darle. Pasó el brazo por encima de los hombros de su hijo, lo acercó hacia él y

hablando en voz baja, para que ninguno de los presentes pudiera oírlo, le recordó que viajaría en un buque insignia alemán. No abandonaría el territorio del Tercer Reich hasta que desembarcara en América.

Las últimas palabras que su padre le dirigió fueron las que ya conocía:  
—Recuerda, Günther, sé como la tinta invisible.

Manfred Steinfeld nació en 1924, entre las dos guerras mundiales, en la localidad de Josbach, situada en el corazón mismo de Alemania. De su padre, Abraham, guardaba dos recuerdos vívidos, ambos de antes de cumplir los cinco años.

Rememoraba estar sentado a su lado, en la sinagoga, durante la celebración del Yom Kipur: su padre llevaba una túnica blanca sobre la ropa y él lo miraba rezar. Y también recordaba haberlo oído hablar otro día con su tío Solomon acerca de *der Krieg* (la guerra). En ese momento, no entendió mucho de lo que decían, pero años después comprendió que habían estado hablando de la primera guerra mundial. Los hermanos Steinfeld habían combatido en un lugar lejano llamado Macedonia, donde Solomon ganó la Cruz de Hierro por valentía en el campo de batalla. También se enteró de que el hermano menor, Isador, había muerto en la batalla de Verdún, en Francia, en 1916. Mientras crecía, Manfred a menudo se había preguntado por el tío al que nunca conoció y cuyo nombre estaba grabado en el monumento conmemorativo de la ciudad.\*

Poco tiempo después, su padre murió de neumonía a la edad de cuarenta y cuatro años, dejando a su esposa, Paula, sola con tres hijos: Irma, de seis años, Manfred, de cinco, y Herbert, de tres. Ella se hizo cargo de la tienda de telas y ropa de su marido, el único sustento con el que contaba la familia. Ya entonces vivían en la casa de la suegra, Johanna Hanschen Steinfeld, quien ayudaba a Paula a cuidar a los niños.

Josbach, un pueblo de 419 habitantes, estaba situado a unos cien kilómetros de Fráncfort, una de las ciudades más grandes de Alemania, pero era un mundo aparte. La mayoría de los lugareños practicaban una agricultura de subsistencia y trabajaban la tierra con arados manuales o tirados por vacas o bueyes, pues pocos podían permitirse usar caballos para esta tarea. Ninguno tenía tractores o cualquier otra maquinaria agrícola, y solo había

\* Uno de cada seis judíos alemanes, más de cien mil en total, peleó por su país en la primera guerra mundial. Doce mil de ellos murieron en los campos de batalla de los frentes oriental y occidental.



un automóvil en todo el pueblo. La riqueza de un campesino alemán se medía por el tamaño de la pila de estiércol que conseguía acumular, un indicativo no solo del número de cabezas de ganado que poseía, sino también de la cantidad de fertilizante que podía esparcir en sus campos.

Había solo seis familias judías en Josbach: tres Steinfeld, dos Katten —parientes de Paula— y unos Fain. Los antepasados de Abraham y Paula se habían establecido allí a principios del siglo XIX, y para la década de 1920, el único comercio minorista no judío del lugar era la taberna. Además de la tienda Steinfeld, que vendía zapatos, así como géneros y cintas para las modistas caseras, había una ferretería, un comerciante de ganado y una confitería. Los artesanos locales —el carpintero, el pintor, el zapatero y el sastre— eran todos gentiles. Esta serie de negocios y oficios satisfacía todas las necesidades básicas de los habitantes del pueblo.

La casa en la que Manfred pasó la infancia estaba situada junto al pozo del pueblo y, gracias al ingenio de Abraham, era la única en Josbach con agua corriente: en la década de 1920, había tendido una tubería desde la vivienda hasta la bomba de agua. En la planta baja estaban el salón, la cocina y dos dormitorios, uno de los cuales Manfred compartía con la abuela. Una tercera alcoba se encontraba en la planta alta. La bodega del sótano se usaba para almacenar, en los meses de invierno, las patatas, los nabos y otras verduras cultivadas en el huerto. Durante la cosecha, en verano, Paula hacía conservas de frutas y verduras, que guardaba en la despensa. Los viernes por la mañana iba al horno comunitario —por tradición local se reservaba ese día para las mujeres judías— para hacer el *jalá* (un panecillo trenzado) y los pasteles para el *sabbat*.

La numerosa familia de Manfred —las tías, los tíos, los primos y, en especial, la abuela, a quien se sentía especialmente unido— compensó la ausencia del padre. A la abuela le encantaba ayudar al nieto con los deberes y se puso contentísima el día que este llegó a casa y anunció que, además de ser el mejor estudiante de la clase, era el primero que se había aprendido todas las tablas de multiplicar.

—¡La maestra dice que probablemente seré ministro de finanzas cuando crezca! —informó.

Serio y trabajador a una edad en la que muchos chicos no lo son, Manfred parecía mayor de lo que en realidad era. Tenía una cara de proporciones clásicas, dos veces más larga que ancha, y rasgos simétricos, todo lo cual lo hacía parecer maduro para los años que tenía. Voluntarioso a la hora de cosechar manzanas y ciruelas para las conservas de su madre, se ganó sus primeros marcos recogiendo y vendiendo cestos de arándanos. Asimismo,

realizaba entregas a domicilio en bicicleta a los clientes que tenía la madre en los pueblos de los alrededores.

Los niños de Josbach se educaban en una escuela que contaba con dos aulas, una para los cursos de primero a cuarto y otra, al lado, para los de quinto a octavo. De los setenta alumnos, diez eran judíos. Para todos ellos, solo había un maestro, que se pasaba el día yendo y viniendo entre los dos grupos. Aunque Josbach tenía su propia sinagoga, en esa época los varones judíos del pueblo eran solo nueve, por lo que no completaban el *minyán*, el cuórum requerido para llevar a cabo las lecturas y ceremonias comunales. Debido a esto, cada semana los fieles tenían que caminar tres o cuatro kilómetros hasta la sinagoga de Halsdorf para el servicio. De forma ocasional, se hacían arreglos para que un décimo hombre viniera a Josbach desde otra comunidad, de modo que pudieran llevarse a cabo servicios locales para los *bar mitzvá* y las Altas Fiestas.

Cuando Manfred tenía nueve años, su abuela enfermó. Después de varios días sin mejoría, decidieron llamar al médico. Junto con el resto de la familia, Manfred esperó con ansiedad la llegada del Dr. Heinrich Hesse desde Rauschenberg, a unos trece kilómetros de distancia. Estuvo nevando todo el día, y el doctor no llegó hasta el final de la tarde. Examinó a Johanna y le dejó algunos medicamentos para la congestión del pecho. Lo que Manfred nunca olvidaría de ese día fue algo que el médico les dijo mientras se ponía el abrigo, cuando se disponía a marcharse.

Era el 30 de enero de 1933. Con un deje de entusiasmo en la voz, el Dr. Hesse anunció: «Hoy ha sucedido algo maravilloso. ¡Adolf Hitler ha sido nombrado canciller!».

A las aldeas aisladas como Josbach —era una época en la que en Alemania había un pueblo pequeño cada pocos kilómetros— los cambios desencadenados por esta noticia llegarían lentamente. No obstante, era solo cuestión de tiempo para que la tranquila localidad rural empezara a sentir el embate del nazismo. La primera vez que la familia de Manfred se dio cuenta del fervor antisemita que se estaba propagando por el país fue dos meses después, el 1 de abril de 1933, durante el boicot de veinticuatro horas promovido por los nazis contra los negocios judíos. Incluso en la amable Josbach muchos clientes respetaron el sabotaje y se mantuvieron lejos de las tiendas de propiedad judía, aunque no hubo rastro de las manifestaciones y brotes de violencia que fueron tan comunes en ciudades como Fráncfort y Berlín.

En noviembre de 1933, Alemania celebró las primeras elecciones nacionales desde que Hitler se hizo con el control del gobierno. Para entonces, todos los partidos de la oposición habían sido prohibidos, y se presentó

a los votantes una lista única de candidatos del Partido Nazi. La votación no fue secreta, y en la mayoría de lugares, los electores tuvieron que entregar el voto directamente a los funcionarios del partido. En un hecho que marcaría la pauta de futuras elecciones durante la era nazi, la intimidación de los votantes fue frecuente. Se amenazó a los ciudadanos con represalias si votaban en contra de Hitler, o incluso si no votaban. En consecuencia, la participación en los comicios fue del 95 %, y el Partido Nazi recibió cerca de cuarenta millones de votos, un 92 % del total.

Solomon, el tío de Manfred, acudió al colegio electoral llevando con orgullo la Cruz de Hierro que había ganado luchando por Alemania en la última guerra. Al igual que muchos otros veteranos de guerra judíos, Solomon, que era el dueño de la ferretería de Josbach, estaba convencido de que haber combatido por la patria le protegería de la persecución nazi. Al igual que la mayoría de los judíos alemanes, se consideraba en primer lugar alemán y en segundo, judío. Esa sensación de seguridad y el deseo de no verse condenado al ostracismo llevaron a Solomon Steinfeld a votar por la lista nazi. Su caso no fue único; otros judíos de Josbach, incluida la abuela Johanna, votaron por los candidatos nazis, aunque solo fuera para evitar que se los identificara con la opción del «no».

En Josbach, las familias judías tenían por costumbre reunirse todas las semanas, por lo general los viernes después de la cena o los sábados después de comer, para debatir sobre cuestiones de interés para la comunidad. En lugar de prestar atención a los adultos, durante esos encuentros la mayoría de los niños solía dedicarse a correr y jugar, pero a Manfred le encantaban las conversaciones de los mayores. Una de las que oyó en esa época tenía que ver con Hitler y los nazis. La mayoría de los adultos pensaban que los nazis no tenían futuro, y que Hitler y su partido —durante tantos años, en minoría— no mantendrían el poder por mucho tiempo, de igual modo que otros cancilleres y gabinetes anteriores, que habían durado poco. En Josbach solo había un nazi conocido, un hombre llamado Heinrich Haupt, que se había unido al partido en la década de 1920.

Sin embargo, algunos de los adultos estaban convencidos de que los nazis eran una amenaza creciente, y para reforzar su argumento, mencionaron lo que ocurría en las ciudades de los alrededores, donde, era sabido, el número de nazis resultaba mayor y los incidentes de persecución contra los judíos estaban en aumento.

La separación entre los estudiantes judíos y no judíos en la escuela de Manfred tardó algún tiempo, pero finalmente llegó. Un día se les dijo que el maestro se había retirado. En su reemplazo, se nombró a un hombre más

joven. La aparición de este nuevo profesor, que no era de la zona y que predicaba la doctrina nazi, supuso un cambio para Manfred y el resto de los niños judíos. A partir de ese momento, los estudiantes judíos debieron padecer las burlas crecientes del maestro y el acoso de sus compañeros de clase, tanto en el aula como durante las actividades recreativas.

El verano siguiente, Manfred pasó parte de las vacaciones con el hermano de su madre, Arthur Katten, y su esposa, Lina, en la cercana Rauschenberg. Tras entablar amistad con algunos niños del vecindario, estos lo invitaron a asistir al encuentro local de una organización nacional, la Deutsches Jungvolk, para niños de entre diez y catorce años. Manfred estaba emocionado: según lo que había oído, allí practicaría deportes y participaría en campamentos y caminatas. Sin embargo, el grupo estaba vinculado al movimiento de las Juventudes Hitlerianas y, cuando se enteraron de que Manfred era judío, se apresuraron a excluirlo declarándolo no apto.

No mucho después de esas vacaciones, cuando Manfred ya había regresado a casa, los nazis detuvieron por primera vez a un miembro de la familia. El hecho de que este fuera precisamente el tío Arthur, el hermano de su madre, le produjo una tremenda impresión. Arrestado en su casa por soldados de asalto en uniforme, estuvo en «custodia preventiva» durante seis semanas antes de ser puesto en libertad sin que se hubieran presentado cargos. Arthur había servido con honor a su país en la primera guerra mundial, pero ahora se daba cuenta de que eso no significaba nada para el régimen nazi. De inmediato, comenzó a hacer planes para salir del país junto con su familia lo más rápido posible.

El antisemitismo se hizo cada vez más dominante en la vida cotidiana de Josbach y los judíos locales terminaron convenciéndose de que el régimen nazi había conseguido afianzarse en el poder: convertido en el líder supremo de Alemania, Hitler tenía el control total del país. En 1935, con la aprobación de las leyes de Núremberg, los judíos se convirtieron en ciudadanos de segunda clase y vieron revocados la mayoría de sus derechos políticos. Solo los alemanes con cuatro abuelos no judíos eran considerados «racialmente aceptables», y el judaísmo pasó a definirse como una raza antes que como una religión. Resultaba irrelevante si una persona profesaba o no la fe judía; de acuerdo con la ley, si poseía «sangre judía», era judía, incluso aunque en realidad fuera cristiana practicante.

Siguiendo el dogma del Tercer Reich que alentaba a las mujeres «racialmente puras» a engendrar tantos hijos arios como fuera posible, los matrimonios mixtos entre judíos y personas de «sangre alemana o afín» pasaron a ser delito. Hitler y el Partido Nazi difundieron la idea de que la

población alemana era racialmente superior y estaba destinada a expandirse e imponerse a través de sus fuerzas militares. Un primer paso hacia esa meta —y el conflicto global que pronto se desencadenaría— se produjo en 1936, cuando Hitler envió al Ejército alemán a ocupar Renania, en el oeste del país, una zona que de acuerdo con los términos del tratado de Versalles debía permanecer totalmente desmilitarizada.

En ese mismo año, el maestro de Manfred, que siempre llevaba una esvástica en la solapa de la chaqueta, condujo a todos a los estudiantes fuera de la escuela y los alineó, cual jóvenes cadetes, a lo largo de la calle principal del Josbach. Estaba programado, les dijo, que una caravana «especial» pasara ese día por la ciudad. Ansiosos, algunos de los estudiantes se abrieron paso para ponerse en primera fila, pero Manfred permaneció detrás. Intuyó que se trataría de algún tipo de manifestación de inspiración nazi y no tenía ningún deseo de estar al frente. La espera no fue larga. Un automóvil negro con la capota recogida se acercó a una velocidad moderada. Como habían ensayado en la escuela, cuando el maestro dio la orden, prácticamente todos los niños extendieron el brazo derecho.

—*Sieg heil!* —gritó un *crescendo* de agudas voces infantiles.

Manfred no levantó su brazo ni saludó. Se limitó a mirar fijamente al hombre del bigote que iba en el asiento trasero. Había visto su imagen muchas veces.

Al pasar el coche, Hitler pareció levantar la mano a la altura de la cabeza para corresponder al saludo masivo y luego la dejó caer.

—*Sieg heil! Sieg heil!*

Los saludos solo cesaron cuando el automóvil giró en una esquina y desapareció.

El joven Manfred sintió que el hombre del bigote del coche negro representaba un peligro para él, para su familia y para todos los judíos de Alemania.

El día en que dos tipos con uniformes nazis llegaron para amenazar a su abuela con detenerla, ella y Manfred se encontraban solos en la casa. ¿De qué delito podía ser culpable una mujer vieja y débil? Al parecer Johanna Steinfeld tenía una primera hipoteca sobre una propiedad, en otra ciudad, de la que esos dos hombres eran dueños. Ellos nunca habían hecho pago alguno y, por tanto, tenían una gran deuda con ella, pero ahora amenazaban con enviarla a la cárcel con una denuncia falsa si no aceptaba cancelar la hipoteca que tenía sobre su propiedad. La anciana se puso pálida. Dirigiéndose a Manfred, le dijo que corriera lo más rápido que pudiera y regresara con el alcalde.

En la Alemania de los años treinta, el *Bürgermeister* de una localidad tenía una gran autoridad, incluso ante funcionarios externos. Para entonces, quien ocupaba el cargo en Josbach era Heinrich Haupt, el otrora primer y único miembro del Partido Nazi del pueblo, un hombre querido por todos y que, incluso, tenía algunos amigos judíos con los que solía reunirse los sábados por la noche para jugar al *Skat*, el juego de cartas más popular del país.

Haupt se apresuró a volver a la casa con Manfred y, una vez allí, pidió ver las credenciales de los hombres. Estos se las mostraron, pero cuando el alcalde les exigió una orden de arresto emitida por un tribunal, admitieron que no la tenían.

—Ustedes no tienen jurisdicción aquí —dijo Haupt con severidad—. La señora Steinfeld es una ciudadana de esta localidad, y su intento de detenerla carece por completo de fundamento.

Y dicho eso, echó a los uniformados del pueblo.

Por desgracia, para los judíos de Josbach, incluso la tradicional caminata a la sinagoga del vecino Halsdorf los sábados por la mañana se había tornado insegura. Ocurría que cuando el operario de un molino harinero los veía acercarse, soltaba a los perros guardianes ordenándoles: *Los, fass die Juden!* (¡Venga, a por los judíos!). Después de varios incidentes, la procesión de hombres, mujeres y niños vestidos con sus mejores galas comenzó a tomar el camino más largo para eludir el molino.

Los convoyes militares pasaban por el pueblo casi a diario. En una ocasión, un grupo de camisas pardas de las SA se detuvo y comenzó a corear: «¡Cuando la sangre judía caiga del cuchillo, será una época muchísimo mejor!». En otra oportunidad, miembros de las Juventudes Hitlerianas recorrieron Josbach en bicicletas apedreando las tiendas con nombres judíos y destrozando escaparates y ventanas. Incluso los clientes de toda la vida tenían miedo de que se les viera comprando en los comercios judíos locales.

En 1937, Paula Steinfeld decidió que era hora de sacar a su familia de Alemania. Para esa fecha, varios Katten se habían marchado ya del país, entre ellos Arthur y su esposa, que tras la detención del primero habían viajado para reunirse con una hija casada establecida en Nueva York en la década de 1920. Conscientes de que Alemania no guardaba un futuro para los judíos de cualquier edad, sin importar cuál fuera su origen, otros Katten y Steinfeld, incluido el tío Solomon, estaban tomando medidas para emigrar.

Para entonces, los casos de alemanes, en su mayoría judíos, que buscaban ingresar en Estados Unidos habían empezado a acumularse. La Ley de Inmigración de 1924 autorizaba al Departamento de Estado a emitir anualmente ciento cincuenta mil visados de inmigración, de acuerdo con las cuo-

tas asignadas a cada país según su contribución a la población estadounidense de 1890. Así las cosas, un 85 % de los inmigrantes admitidos eran de origen europeo. Las cuotas dependían del lugar de nacimiento, no de la ciudadanía o el lugar de residencia. En 1937, cuando Paula decidió sacar a su familia del país, la Alemania nazi todavía veía con buenos ojos la emigración judía, pero la cuota anual de alemanes y austríacos a los que se autorizaba la entrada en Estados Unidos —un total de 27.270— se cubría con rapidez.

Dado el elevado número de solicitantes, la familia se inscribió en una lista de espera para obtener el visado estadounidense, pero según le explicaron a Paula era posible que no pudieran viajar hasta 1940 o 1941. Encontrar a alguien que firmara un affidavit comprometiéndose a ayudar económicamente a una viuda con tres hijos suponía una dificultad adicional, pues ninguno de los parientes que ya habían conseguido emigrar a Estados Unidos estaba en condiciones de aceptar responsabilizarse de la familia.

Desesperada, Paula resolvió poner a sus hijos a salvo, aunque eso implicara hacer lo impensable: enviar a cada uno, solo, a un país diferente. Dado que en la tradición judía el primogénito era el encargado de mantener vivo el nombre de la familia, Manfred sería el primero en marcharse. La información relacionada con la emigración circulaba libremente en las comunidades judías, y Paula se enteró de la existencia de la Hebrew Immigrant Aid Society (HIAS), una organización con sede en Estados Unidos que ayudaba a salir de Alemania a judíos menores de dieciséis años que viajaran solos. Debido al aumento de la demanda, y en aras de la equidad, el grupo solo aceptaba un niño por familia. Cuando Paula inscribió a Manfred, él apenas rozaba los catorce años.

Tras la inscripción llegó la avalancha de papeleo: cinco copias de la solicitud de visado, dos copias de la partida de nacimiento, un certificado de buena conducta expedido por las autoridades alemanas —un documento que los funcionarios nazis hicieron cada vez más difícil de obtener para los judíos y que al final hubo de ser eliminado de los requisitos de inmigración estadounidenses—, un informe médico de buena salud y documentos firmados proporcionados tanto por la HIAS como por la hermana de Paula, Minna, y su esposo, Morris Rosenbusch, que habían dejado Alemania en 1936 y vivían en el sur de Chicago. La pareja había aceptado acoger en su casa a Manfred, que sabía poco inglés.

En junio de 1938, Manfred obtuvo el visado estadounidense, con una fecha de salida para principios de julio. Tenía que tomar el tren a Hamburgo, la importante ciudad portuaria de Alemania septentrional, que conectaba con el mar del Norte a través del río Elba. Allí se encontraría con un

acompañante de la HIAS y se uniría a otros niños judíos alemanes para realizar el viaje a América a bordo de un transatlántico.

Como parte de una dolorosa serie de despedidas, Manfred recorrió casi veinticinco kilómetros en bicicleta para visitar al hermano de su abuela. Pensaba que posiblemente sería la última vez que lo vería, y su tío abuelo pareció compartir esa intuición. Al despedirse, el anciano rebuscó en el bolsillo y sacó un arrugado billete de diez dólares estadounidenses que alisó con cuidado antes de entregárselo.

—Para ayudarte a empezar una nueva vida en Estados Unidos —dijo.

A Paula le habían advertido de que Manfred no podía llevar consigo mucho dinero en efectivo, de modo que cosió el billete dentro del dobladillo de uno de sus pantalones. Otras familias judías que habían enviado a sus seres queridos al extranjero le dieron otra idea. Compró dos lentes para fotografía marca Leica de setenta y cinco dólares, las escondió en el fondo de dos latas de talco en polvo y las guardó en el baúl de Manfred, que debía enviarse con antelación a Hamburgo. Le aconsejó a su hijo que, una vez en Estados Unidos, vendiese los lentes cuando necesitara el dinero.

El día de la partida, temprano, Manfred se despidió de sus hermanos y de otros parientes que habían acudido a decirle adiós. Fue especialmente duro dejar a su hermanito Herbert, que, como suelen hacer los hermanos pequeños, idolatraba al hermano mayor. Eran bastante parecidos: aunque Manfred le sacaba una cabeza, Herbert tenía el mismo semblante abierto y simpático.

Herbert solía seguir a su hermano mayor como una sombra, y todo lo que Manfred tenía o hacía, quería tenerlo o hacerlo él también: *ich auch* (yo también) era un estribillo frecuente. Compañero en los quehaceres y los juegos, a Herbert le encantaba ayudar con las labores domésticas y cualquier tarea que fuera necesario realizar con tal de llamar la atención de su hermano mayor y complacerlo.

Manfred prolongó el abrazo largo y fuerte de su abuela, pues comprendía que probablemente sería el último que se dieran. Todavía sentía sus besos bañados en lágrimas en las mejillas, cuando por fin se puso en marcha y se volvió para verla allí, triste, diciéndole adiós con ambas manos.

Junto con su madre, fue en bicicleta hasta la estación de ferrocarril de Halsdorf, donde ambos abordaron un tren hasta Kirchhain, a unos dieciséis kilómetros de distancia. Una vez allí, Paula le compró a su hijo mayor un billete de ida en el tren expreso a Hamburgo. Le dio un pañuelo doblado y unas últimas instrucciones: le dijo que lo mantuviera en el bolsillo hasta llegar a Hamburgo y que, una vez allí, lo sacara y lo sostuviera en la mano



izquierda. En la plataforma vería a una dama con un pañuelo blanco también en la mano izquierda. Ella era la acompañante. Una vez contactara con ella, lo llevaría al lugar en el que se encontrarían todos los niños antes de abordar el barco.

Cuando las instrucciones se agotaron, la madre comenzó a llorar. Besó a Manfred y lo abrazó con fuerza. Paula le dijo que se sentía dichosa y aliviada porque pronto saldría de Alemania y estaría a salvo en Estados Unidos. Pero incluso a los catorce años, Manfred comprendía que lo que estaba haciendo su madre era ir en contra de sus instintos más básicos, oponerse a la naturaleza y los deseos de todas las madres judías que conocía: amar, proteger y cuidar de sus hijos.

—*Auf Wiedersehen, Mutti* —se despidió él, con un ánimo que estaba lejos de sentir.

Después de tantos adioses desgarradores, este era el que más temía. No quería revelarle el mayor de sus miedos, el que lo había atormentado desde que se enteró de la decisión de enviarlo a Estados Unidos. La idea de que quizá no fuera a volver a verla nunca más lo asustaba terriblemente.

Las últimas palabras que le dedicó ella, «Mantente en silencio y no llares la atención», lo acompañarían todo el trayecto hasta Hamburgo y a lo largo de la travesía del Atlántico. Subió al vagón, buscó su compartimiento y encontró un asiento junto a la ventana. Ambos siguieron diciéndose adiós con la mano mientras el tren salía de la estación. Y él advirtió que su madre estaba llorando, allí, de pie sobre la plataforma, sola. El tren ganó velocidad, y ella se hizo cada vez más y más pequeña, hasta que le fue ya imposible distinguir su figura.

Para Paula Steinfeld, tomar la decisión de enviar al hijo mayor lejos, solo, a un país extranjero al otro lado del océano, había sido atroz. Ahora, sin embargo, únicamente podía rezar para que esa decisión le salvara la vida y le asegurara un futuro, incluso si eso implicaba no volver a ver nunca su dulce rostro. Con el corazón encogido, regresó a su casa en Josbach y comenzó a planear cómo salvar a los otros dos.

Stephan Lewy tenía siete años en 1932, cuando su padre, Arthur, que había enviudado el año anterior, lo dejó en el Orfanato Baruch Auerbach para Niñas y Niños Judíos en Berlín. Su madre, Gertrude, había pasado varios años muy enferma, y después de su muerte Arthur consiguió cuidar a su hijo durante un tiempo con la ayuda de una mujer a la que contrató para llevar la casa.